

PRÓLOGO

La filosofía de Sartre es, en su sentido más profundo, una explicación de la realidad, pero no es la única, desde Tales de Mileto para quien la *physis* pampsiquista del mundo había dado materialidad a todo ya existía una explicación a este asunto. Sin embargo, a lo largo de la historia, a medida que el problema ontológico se hacía más importante, se fueron imponiendo dos teorías, por un lado, el realismo aristotélico para quien las cosas existen independientes del sujeto que las piensa; por el otro, el idealismo que desde Pitágoras hasta Hegel plantea que las cosas existen en el fuero intelectual del sujeto. Entrada la modernidad, y más específicamente a partir del racionalismo cartesiano, la dependencia entre el sujeto y el objeto propia del idealismo va a involucrar otro rasgo fundamental, la ontología depende de la gnoseología, puesto que sólo existe aquello que se conoce. Esta postura filosófica que parece ingenua y sin sentido, debido a que no existe nada en el mundo que se pueda nombrar sin conocerle, y que sólo es posible que exista el mundo para quien lo conoce, tal como *ese alguien* lo ve y con las características que su subjetividad le imprime, cobra un gran valor y se hace imprescindible. Pero esto último también conlleva un gran problema, dado que dicha subordinación, cuando afirma que sólo existe lo que se puede conocer, niega el carácter mismo de la ontología y ésta sólo podrá recobrar su sentido bajo la alteración del concepto de trascendencia como hace Kant. Para resolver ese enorme problema que presenta el idealismo, sin negar la importancia del conocimiento, Edmund Husserl postula la fenomenología, que según el mismo Sartre es la que se encarga de presentar la realidad como un *absoluto relativo*. Absoluto porque la fenomenología sartriana parte de que las cosas existen como en el realismo, independientes del sujeto que las piensa, y por ende, emancipadas del conocimiento. Relativo, porque del conocimiento y la experiencia depende la infinitud de puntos de vista que una cosa soporta, tanto en un sujeto que varía en el tiempo, como en muchos sujetos, cada uno imprimiendo subjetividad. Esto ya evidencia una gran diferencia con el idealismo para quien el ser trascendente desaparece al convertirse en una realidad numérica, y la realidad del mundo queda supeditada a la realidad de la mente. Pero lo más interesante de la fenomenología es que basa su ontología en la preconcencia y su gnoseología en el pensamiento. La primera, como puro intuitivo sirve para que el sujeto se percate del mundo antes de pensarlo, por lo cual la subjetividad no entra en juego aún, y la objetividad de la existencia sirve solamente para constatar al ser en el mundo, ocupando un lugar y no siendo otra cosa, como lo había mencionado ya Descartes con la explicación del *cogito*, entendido como aquello que me revela que *yo soy yo* y en consecuencia *no soy otra cosa*. La segunda, es decir, el pensamiento, es el ámbito del conocimiento, busca o tiene como fin la concordancia entre el sujeto que piensa y el objeto pensado. Aquí se hace posible la subjetividad. Cada sujeto ve el mundo a su manera, le imprime su forma de ser y se lo representa desde estructuras mentales que hacen las veces de moldes a los cuales el mundo termina por adecuarse.

Se podría pensar que con esto la fenomenología ha reunido toscamente el realismo y el idealismo, cuestión que no merecería gran merito, pero no es exactamente así, pues lo interesante de esta forma de ver la realidad además de fundar la prueba ontológica en algo ajeno al pensamiento, diferencia fundamental con el idealismo, es que privilegia por igual la objetividad y lo subjetivo, sin

ocasionar choques entre éstas, al tiempo que va a diferenciar la tarea filosófica de cada una. Dicho privilegio se concreta en la posibilidad de predicar que las cosas existen sin necesidad de conocerles, y por ende, retirando esa primacía del conocimiento al fundar la ontología en la primacía del ser fenoménico, que como planteó Parménides, es captado por la intuición, en un acceso inmediato que no requiere en términos de Descartes del medio del pensamiento. A su vez, la diferencia entre la objetividad y la subjetividad se plasma en la tarea que cada una cumple y que sería correlativa de su diferenciación. Mientras el objetivismo absoluto de la existencia recae en el ejercicio sensorial, y en definitiva, su tarea es metafísica, pues toda su labor pre-intelectual recae en el ser, el subjetivismo permite la posibilidad del conocimiento sin interferir con la autoridad de la existencia, reduciendo el existente a su trascendencia, tal como lo explicó Berkeley con el *esse est percipi* o como lo llamaría Heidegger el *dasein* o ser ahí, que es el que ocupa un lugar en el mundo y está en alguna parte, pues es susceptible de ser señalado.

Esta forma de entender la ontología permite a Sartre crear una filosofía diferente a la que imperaba en el siglo XIX, donde el kantianismo y sus valores universales basados en una conciencia de la conciencia y unas estructuras lógicas mentales universales dominaban la filosofía del mundo occidental. Sartre explica que al ser la visión del mundo una subjetividad psicológica y cuya única objetividad es ontológica, la vida humana debe plantearse igual. *El hombre nace hombre y después se piensa*, dice Sartre en 1946. Esto descalifica el planteamiento kantiano de los imperativos categórico e hipotético como fundamento de un modelo de hombre basado en una conciencia de lo universalmente bueno y malo, a su vez que plantea que el hombre no tiene ningún modelo que seguir, porque no existen valores universales, *el hombre es un ser arrojado en el mundo*, dice, explicando así que no hay nada de lo que pueda asirse para elegir un modelo, no hay modelo para saber que es bueno y que es malo, sino que el hombre está según Sartre condenado a su libertad, o como diría Ortega y Gasset, es *a la fuerza libre*. La libertad del hombre implica fundamentalmente tres cosas, el hombre es *el porvenir del hombre*, como afirma Sartre, segundo, no existe potencia, el hombre está siempre en acto, y tercero, los modelos estereotipados contaminan la conciencia del hombre perjudicando su libertad. Respecto del primer caso, siguiendo a Sartre es necesario precisar que todo lo que el hombre haga lo convierte en legislador del mismo hombre, hacer las cosas es una forma de estética que empuja a los demás a obrar igual, sin que con esto se quiera imponer una forma específica, pues lo que se ha expulsado es el concepto universal de bueno y malo, dejando a cada sujeto la posibilidad de tal juicio. El segundo caso se explica desde la postura aristotélica que dice que el hombre posee una *exis*, una disposición natural que lo empuja hacia ciertas cosas antes que a otras. Para Sartre este pensamiento es incorrecto y el hombre no posee ninguna disposición natural o como la llamara Leibniz *dinamis*, pues, como él mismo dice en la conferencia ya referida del año cuarenta y seis *el hombre es responsable de su pasión*. El tercer caso es el que motiva a Sartre a escribir *La Nausea*, como una muestra de lo que padece el hombre, de la pasión cotidiana, que conlleva intentar una vida auténtica, lejos de los modelos sociales, de la contaminación de los amigos que son, como anotaba en su magistral clase el profesor Hernando Revelo Salazar, los espejos de los hombres, instando a prescindir de ellos para llevar un rostro desnudo.

La importancia radical de La náusea consiste en que Sartre presenta su filosofía en movimiento, ya que como el mismo anotaba, la filosofía ha cambiado, desde Marx, decía, debe convertirse en vida, en literatura, en novela. En ella expone la vida de Antoine Roquentin, un hombre que experimenta la vida con esa conciencia que no tiene más contenido que el presente que vive y que impregna el pasado resignificándolo, a la vez que este impregna al presente desdibujándolo. Roquentin camina, va a la calle, a un café, conversa con una prostituta, se mira al espejo y reflexiona, ve el mundo desde el existencialismo, y todo lo que le acontece en todos y cada uno de estos actos del vivir son una muestra y una inferencia, una pista para encontrar una experiencia de la realidad, tal y como la miraba el gran filósofo del siglo XX.

Lo interesante de esta obra que prologo es la seriedad, la profundidad y mesura con la cual se trabaja a este autor que junto con Heráclito, Spinoza, y Heidegger entre otros, son cerrado coto de caza para filósofos de alto vuelo. No puedo decir que la obra es fácil, pues perdería la esencia de lo que esto involucra, tal vez me apego al concepto de Enzo Paci cuando prologa a Heidegger diciendo que no es que estos filósofos existencialistas sean difíciles porque les guste escribir de un modo difícil o quisieron hacerse difíciles, sino porque escriben la vida tal como es en su pura simplicidad, y al estar acostumbrados a lo difícil lo fácil se nos hace, al menos por un momento, inasequible.

Que provechoso es desempolvar a Sartre, sacarlo de la biblioteca y leerlo como un filósofo, no como un terrorista del pensamiento que es el anaquel donde lo ubicaron sus innumerables detractores, y el lugar donde los cobardes no llegan. Felicito al autor por tan maravillosa obra que sin perder la interpretación de la novela tiene el tono filosófico, e invito a todos a leerla provocando encontrar en Sartre, según Feyneman y algunos de los que por años lo hemos leído, una de las mejores mentes que han existido.

Iván Cadavid
Medellín, 5 de septiembre de 2012